

ENTREGADO EN LA VÍA PÚBLICA

Raúl Alberto Ceruti

ENTREGADO EN LA VÍA PÚBLICA

Somos los otros.

CIRCULO DE TIERRA

Cualquiera te puede acabar. El hombre que envasa un producto en condiciones antihigiénicas. El conductor del vehículo que no te ve. El que descuida las mediciones de una central eléctrica. El que tira sus desperdicios al río. El que viene a robarte, armado e inseguro. El buen policía que yerra el disparo, que te da en la frente. El comerciante honesto que vende contaminantes. El ingenuo campesino que abona con fertilizantes de dudosa salubridad. El que te incluye en una lista de deudores. El que te equivoca con otro al que odia. El que te odia. El que puede lanzar una bomba sobre tu barrio. El que pone una estación de servicio en tu esquina. El guardabarrera que no ha dormido bien. El taxista que quiere llegar temprano a su casa. El dueño de tu empresa, que te despide para preservar la fuente de trabajo. El patrón exigente, que te ordena trabajar a costa de los pulmones. Tus compañeros de oficina, que en los días de invierno y con las ventanas cerradas, fuman ansiosamente. El ingeniero que examina los costos razonables para hacer tu casa, que se inunda. El amigo farmacéutico que te vende un remedio a punto de cruzar su vencimiento. El vecino previsor que echa veneno en la calle, donde te caés. El abogado incorruptible que te desaloja. La familia acogedora, que te ayuda en el desprecio. El amigo piola que te obliga a divertirte. El primo diligente que, con buenos modos, te da una mala noticia. El que te da la dirección de la calle, donde te desplomarás.

Todos ellos, que sólo nos generan desconfianza, deben inducirnos solidaridad.

Unidos los mortales en el riesgo mutuo de acabarnos.

Roberto miraba el cuadro del taller, detalladamente. Lo había encontrado entre los trastos del sector desmantelado. Tuvo que separar el vidrio de la tela para quitar la humedad adherida a la imagen, como una lesión en el iris. Una franja roja, violenta, surcaba el lienzo suave, casi dañándole. En el extremo doliente, unas sombras amarillas.

Más arriba, tonos blanquecinos, asustados. El borde como deshecho. Y un azul femenino, resguardando una gruta de verbo negro.

Debajo del cuadro, sobre el piso, todo era un estropicio de recortes. Telas de diversos teñidos, motivos y colores, se solapaban una a las otras, sólo aumentando su peso a medida que se acumulaban. Apartó un retazo de escudos señoriales en tonos nacarados, y se sonó la nariz.

El mal es siempre relativo, mensurable, concreto. Cuando atravesara la puerta de la Gerencia de Algodonera Textil S.A., sabía que sería despedido. Antes, habían echado a Miguel y a Norberto. Antes, a Joaquín y a Ricardo. Un pelotón de fusilamiento con los ojos vendados, abriendo fuego sobre cualquiera que tenga enfrente, resulta más temible que el que conoce y selecciona a sus víctimas, que sabe a quiénes les dispara. El azar no permite las coartadas. Ni excusas, ni consuelos, ni esperanzas: Cálculos afuera, era su turno.

Salió Santiago, sin mirarlo y entró él. Silencioso, pero desafiante. Con la audacia que te da saberte afuera. Cuando escuchó su nombre de boca del jefe de personal, en la continuidad de una lista, inmediatamente lo detuvo. Eligió no perder demasiado tiempo en la ceremonia de despido.

Todo allí lo incomodaba. La estrecha ventana, por la que apenas vislumbraba un cable de tensión y unos faroles acabados. El hombre a medio sentarse y pararse, el brazo apoyado sobre una pila de papel sobre la mesa, una foto de la fachada del taller torcida. La atmósfera gris y mediocre, las paredes gastadas y el piso muerto. Como si esa oficina transcurriera apenas asentada la revolución industrial. Grasa y aceite. Las paredes herrumbradas, con raras inscripciones insertas en el yeso, de movimientos y roces de máquinas, muebles de acero y herramientas. Tomó el sobre que vio a la derecha del escritorio y preguntó:

“¿Acá está todo?”

“La mitad, Roberto. La otra mitad se la vamos a pagar en dos veces” - explicó sin aire, y apenas moviendo la boca, como un eco.

“Entonces, ¿estoy nada más que medio despedido?” - sonrió levemente, mirando una maceta arruinada con unas plantas sucias y acamadas.

“En este acuerdo -dijo entregándole unas hojas- está todo el detalle. Si quiere no lo firme ahora, le damos hasta la semana que viene. Si no, bueno, la situación va estar difícil.”

“Dame una birome” - dijo, tomando una del escritorio, con la publicidad de la empresa y firmó sin ver.

Tomó el sobre, estrujado, sin contar el dinero, y salió a la calle. Saludó con una sonrisa a los compañeros que aún estaban en su faena. Quiso encontrar a Santiago afuera, pero la calle estaba vacía.

“Hay ritos para salir de la infancia a la pubertad, de la pubertad a la adolescencia, de la adolescencia a la adultez -pensó Roberto- “Hay ritos para salir del colegio, de la universidad, del país. Hay ritos para morir. No hay ritos para perder el trabajo”.

¿Quién narró la historia de los héroes derrotados?. ¿Quién el relato de los pioneros perdidos?. ¿Quién reprodujo la voz de los gallardos idiotas, de los nobles ridículos?. Allí donde el impulso es implorante, y el triunfo, un simple engaño. El tono del héroe está precisamente en lanzarse hacia la pérdida de todo, para finalmente todo recuperarlo.

Los destinos del desocupado son la miseria o el heroísmo. La santidad por martirologio, o la proclamación por desmesura.

Se dirigió a un bar, de los aledaños al taller. De esos que sobreviven durante las siestas, sostenidos por clientes de mero tránsito. El mozo, muy lentamente, se acercó a pasar el trapo por la mesa. Pidió un café, para pasar el tiempo. “¿No va a comer?” - preguntó el mozo, amenazante, conminándole a un gasto más importante. “No, gracias”. “Hay albóndigas hoy, frescas y deliciosas” - esa última palabra sonaba infantil en el tono coactivo en que se empleaba. “No, gracias” - tuvo que decirle, mirándole a los ojos. El mozo se fue.

Raro el bar a esta hora de taller, a plena luz después del mediodía. Mucho calor afuera, nadie por la calle. Nunca había entrado antes. El mostrador aún era de estaño, y las mesas de madera. Sólo las sillas habían sufrido el cambio de la modernidad. Para peor. Estas eran de caño hueco, soldadas malamente en las juntas de las patas. Venía un olor a aceite viejo de la cocina, o más bien de todas partes. Parecía impregnado en el ambiente. El piso en algunos sectores parecía alfombrado de colillas. Tranquilamente sedimentadas, como si ni el viento ni el paso de los clientes pudieran conmoverlas. Dieciocho mesas bordeaban las paredes, otras cinco había en medio de ellas. Luego, un hueco en el fondo, detrás del cual, dos mesas más se agregaban a la lista. En una de ellas, dos personas silenciosas y oscuras, escribían en sus servilletas. Había un cigarrillo prendido sobre el cenicero, en medio de ambos. Miraba hacia la pared, así que no podía saberse de quién era. Mentalmente, Roberto pensó en el pelado con boina. Le parecía más ansioso que el arrugado de camisa a rayas verdes.

Un televisor transmitía una pelea. Como tardara el pedido, fingió tener interés en el encuentro, para no hablar ni pensar con nadie. Barry “Dinamita” Jason vs. Downey “Contundente” Finnegan. En la puta vida había oído hablar de ellos.

Al fin, el mozo se acercó, dejó el café sobre la mesa junto con un platito de masas húmedas. También él fingió mirar el televisor mientras lo hacía. Antes de retirarse, insertó la cuenta en esos clavos de acero preparados a tal fin. “¿No habrá otra forma de guardar el importe?” - pensó Roberto, violentado ya por la escena en la pantalla -

“¿Quién fabrica estos clavos tenedores de papeles?” - lo tomó entre los dedos y le dio varias vueltas - “Ninguno tiene marcas visibles, ni signos de procedencia”. “Y ¿por qué todos los bares habían coincidido en clavar la cuenta sobre ellos?. Alguno habrá salido lastimado con este instrumento.” Ahí había algo en qué pensar, así que se alegró por un instante.

Uno de los tipos del fondo atrapó un mosquito en el aire, y luego lo sepultó en el espejo. Roberto comió unas masitas, con gusto a viejo. Tomó el último sorbo de café, un poco tibio, y se enjuagó la boca con el vaso de agua de la canilla.

Había pasado el sexto round. Y todavía no sabía qué hacer con el tiempo. Recordó el sobre, metido en el bolsillo de atrás. No había contado el dinero. A lo mejor podía hacer algo con eso. Veinticuatro años de taller en el bolsillo. Mejor dicho, la mitad, la otra vendría después. Estaba la copia del arreglo junto con la plata. Se levantó lo suficiente del asiento, como si fuera a desplomarse sobre el pocillo, nada más que para retirar el sobre de su pantalón. Le pareció una maniobra exagerada para un acto de cercioramiento. Uno de los tipos del fondo, el pelado con boina, descansaba la vista en él. Jason había volteado a Finnegan. El mozo se levantó de la silla fija del mostrador, y se pasó un trapo por la frente. El arrugado reclamó la atención del de cabeza desnuda, que para entonces ya tenía los ojos marrones y una expresión de desvaído. El cigarrillo continuaba sin dueño admisible, consumiéndose solo en el cenicero. Roberto abrió el sobre, como al trasluz, y contó malamente los billetes que portaba, sacando lo suficiente para abonar la merienda. Después, desplegó sobre la mesa el convenio de despido, no para leerlo, lo que ya suponía fastidioso, sino sólo para tenerlo a la vista, como un objeto. Así, entre golpes de puño técnicamente acertados y desacertados, después que Finnegan había podido ponerse en pie nuevamente, pudo leer las palabras “administración”, “plazo único e indivisible”, “desactivación”, y “etcétera”. Distráido, tomó el pocillo con la mano izquierda, mientras la derecha escalonaba los renglones del papel.

Terminó el octavo round. Venía después una magnífica tanda publicitaria, en la que un planeta de ocupados estables sonreía, sentados en sus comedores o acostados en paisajes caribeños. Había en total, parecía, cinco mil ciento veinticinco pesos. No quería hacer la cuenta para obviar el cálculo de mezquindad en que se habrían destacado sus antiguos empleadores. El mozo llegó otra vez, agresivamente aburrido, pasando de nuevo el trapo sobre la mesa apartando las migas derramadas, como queriendo avergonzarlo.

Rápidamente, Roberto volvió a guardar el sobre en su bolsillo, y apartó el convenio debajo del servilletero. Esa sencilla perfección que lograba dejar uno tras otro, los pliegues blandos de papel, merced a sus dobleces acertados e insertos entre sí. Unos sobre otros, levantándose y abriéndose, en una persecución sin tregua. No recordaba haber sacado jamás el último pliego. Para ver el fondo de la máquina, la base de metal encima del resorte, debía sacar todas a la vez, como lo hizo. Entonces ya estaba solo de nuevo, salvo por los gritos de los relatos del match de boxeo, y la mirada inquiriente ahora, del arrugado de nariz absurdamente fina.

Volvió a colocar las servilletas en su servilletero, dejando la lengüeta de la superior sobresaliente. La pelea se acercaba al final. Evidentemente, Finnegan no podría resistir mucho más tiempo. Y él se quedaría sin excusa de permanencia, como impelido a retirarse.

Alguien asomó del hueco de la cocina, que se abría frente al mostrador, señalando el sitio en el que él se encontraba. Cuando miró hacia allá, volvió a meterse dentro. La cuenta era de un peso con cincuenta. Estuvo un rato mirando el papelito agujereado. Bar “El Triunfo”, de Rodrigo Saenz Valiente. Despacho de bebidas y comidas al público. Salón comedor. Número de C.U.I.T. e Ingresos Brutos. Un alarido mensurado del televisor. Finnegan caía definitivamente. Se le impartió la cuenta regresiva, y se le dio por cumplido su silencio. A continuación venían las escenas malolientes y el mohoso comentario de los periodistas.

A un costado de la mesa donde se abstraían los otros dos asistentes al bar, apoyadas sobre el respaldo de una silla, descubrió las hojas apartadas de un periódico. Era su nuevo refugio. Se levantó, despacio, y con gestos palaciegos se acercó al dúo de silentes, pidiéndoles hojear el diario. Ellos se miraron entre sí, tachando algunos signos de las servilletas que tenían a la vista, y moviendo uno las manos hacia arriba y acercándole el otro uno de los suplementos, le hicieron entender que querían que se fuera, señalándole su silla.

Allí fue, se sentó con el “Clarín Rural” sobre la mesa, y se enteró de las alzas del sorgo, las dificultades del maíz y las exportaciones de la leche de shorton. Entendió que no podía seguir más tiempo allí, cuando vio por la ventana que se venía la noche. Así que,

sin llamar al mozo nuevamente, dejó el importe junto al plato de masitas, y se fue, olvidando el contrato junto al servilletero.

Recién arriba del colectivo, de regreso a casa, se percató del extravío. Pensó en volver al bar al otro día, o pedir un nuevo ejemplar al jefe de personal. Aquellos no ganaban nada quedándose y éste no perdía nada haciéndole imprimir otro.

De parado, aferrado al caño superior, Roberto iba leyendo todos los anuncios publicitarios, como cuando recién aprendía a leer, y gastaba con los ojos todas las letras, luminosas o apagadas. Un hombre notablemente ancho dormía acorazado debajo de él. Sentía su fuerte respiración con una regularidad molesta y contagiosa. Se dejó arrastrar por un nudoso pensamiento, distraído en los pasajes de cláusulas posibles y extraviadas. Ahora le importaba saber el contenido de ese pliego. Pero como en una fiebre altisonante. Así que tres paradas más allá de la conveniente, se apercibió de que debía haber descender. La señora de las bolsas tuvo que abrirle paso, reacomodándose en su lugar. Roberto tocó el timbre con inocultable ansiedad. Bajó a la calle. No pudo evitar sorpresa al verla igual que siempre. Antes de tirar el boleto lo tuvo un rato bajo la vista. “Este boleto podrá serle requerido”. Lo guardó en el bolsillo de la camisa, como un recuerdo.

Descubrió la vereda, abierta y luminosa. Lo incomodaba verse parte de una tragedia reservada. Minúsculo desentierro. Quiso evitar encontrarse con Jaime, el señor de la vuelta de su casa, pero ahí estaba, sonriente, con su perrito blanco. “¿Qué tal” - lo festejó de lejos - “¿Todo bien, Roberto?” - “Sí, don Jaime, buenas noches...” - No había mentido. “¿Dónde vive este hombre, Jaime?” - pensó - “siempre en la calle, con el perrito, a la noche. Nunca le vi llave ni puerta”.

Aún no había cambiado nada, hasta no tener que levantarse al día siguiente.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

